

ficó dos Monasterios, en que puso por Superiores á las dos hijas, donde vivieron, y murieron con grande fama de santidad.

EXHORTACION.

REprehede mucho este exemplo á los que todo lo echan á la mala parte. Veas, ó Lector mio, estas pobres doncellas favorecidas de la gran Reyna de los Angeles; y porque las veian que tenian dineros, ya todos los del Lugar maliciaron. O, y cuánto hay de esto en el mundo! O, y cómo temen poco la cuenta que han de dar á Dios de estos juicios temerarios! Si hay treinta caminos por donde se pueda pensar bien, por qué, dime, has de pensar mal? Si puede ser vengá del Cielo el socorro, y aun de la tierra, pues ya ha sucedido que Caballeros santos, compadeciéndose de la necesidad de algunas virtudes, las han socorrido, sin ofensa de Dios, por qué has de pensar tú que la hay? Y la lástima aun no está en que tú lo pienses, sino en que lo digas. Ya que lo pienses, cállalo; y no que si te pasó por la cabeza un desatino, ya rabias por contarlo: el otro, así que le oye ya lo cree, y pasa luego á contarlo al vecino, y de esta manera, sin distinguir si es pensamiento, ó si es realidad, todo se confunde, y dentro de un mes ya está obscurecido el crédito, y dentro de un año la reputacion bolada. Reprime, Católico, esa mala inclinacion, y por Maria Santissima no pases á pensar lo que tantos caminos tiene para no ser lo que tu imaginacion te propone. Aprendan tambien las madres á poner en manos de la mejor Madre sus hijas, que á buen seguro cuide de ellas, aun con mas amor, y providencia que ellas mismas; así lo decia el Arzobispo de Praga: *Mater nostra peroptima, quæ præ omnibus matribus plus nos diligit, & plus erga nos pietate movetur; omnis enim mater diligit, ac quæ melior est, melius diliget.* Es Maria, dice Ernesto, la mejor Madre; y si quanto mejor es la madre tanto mas ama á sus hijos, ved si nos amará mas que las mismas que lo son nuestras?

EXERCICIO. Sea hacer un propósito firme de no hablar, ni pensar cosa mala de nadie, como haya camino alguno por donde pueda pensarse bien, echándolo siempre á la buena parte; y ahora digamos la oracion de S. Buenaventura.

... ORA-

ORACION.

Madre de misericordia, el Señor es contigo, y en tí se ha dignado encarnar, y todo lo que le pides te concede. Pídele, pues, por nosotros, que compañeros seamos por tus méritos en los bienes eternos con los Soberanos Angeles, para que sirviéndote á tí, y á tu Hijo en esta vida, en la eterna á entrambos veamos. Amen.

DIA VEINTE Y SIETE DE AGOSTO.

POR los años del Señor de mil seiscientos y dos, á veinte y siete de Agosto, se levantó una tempestad tan grande de truenos, y relámpagos, que parecia que el mundo se queria acabar. Estaba en esta ocasion en la Ciudad de Nápoles, donde esto sucedió, un Soldado Español, que se decia Bartolomé Lopez, que cuidaba como Gobernador del Castillo de San Telmo de Nápoles; y vista la tempestad, temiendo la ira del Cielo, toda la gente del Castillo se retiró adentro: Bartolomé Lopez, que se quedó debajo de un soportal, que estaba allí cerca, tomó su Rosario en las manos, y con la mayor devocion que podia, rezaba Padre nuestros, y Ave Marias en honra, y reverencia de nuestra Señora del Carmen, cuyo hábito trahia, y de quien era muy devoto. Acabadas sus devociones, con la mayor que pudo, se las ofreció, pidiéndole fuese servida de acordarse de él, y darle su favor en aquel peligro, pues era poderosa para librarle de todos los males, así del alma, como del cuerpo. Estando en esto, vino un relámpago, y tras él un trueno tan terrible, y espantoso, que le hizo estremecer todo el cuerpo: cayó un rayo, y dióle en la espada, que trahia ceñida al lado, sin hacerle mal, ni daño en su persona. En la espada, en la parte que dió el rayo, quedó una cruz tan bien formada, como si de propósito se hubiera labrado, como se muestra hoy á los que quieren verla en el Convento de Nápoles de nuestra Señora del Carmen, donde está este milagro pintado en una tabla, con otros muchos.

EXEMPLEO.

Escribe Cesario en sus Diálogos, el Cielo Estrellado, y otros, que en una Ciudad cerca de Trento hay un monte, en el

Q 2

qual

qual tenia su cueba un famoso ladron, muy conocido en aquella Ciudad; y saliendo á los caminos á robar, despojar, y matar á los caminantes, ninguno que le hiciese resistencia escapaba de sus manos con la vida. Entre otros á quien salió á robar fue á un Frayle de Santo Domingo, que pasaba por allí, al qual le hizo apear de la cavalgadura, le dixo que le siguiese, y si no que lo mataria. El Frayle lo hizo así, y en el camino le preguntó que quién era: Respondióle, que él era fulano, aquel famoso ladron tan nombrado en Trento. Entonces el siervo de Dios le comenzó á aconsejar que saliese de aquel mal estado. Preguntóle si temia la muerte. Respondióle que no, mas que una bestia. El Frayle calló, y pensando entre sí que seria grande servicio de Dios convertirle, y sacarle del estado en que estaba, le pidió licencia para hablarle algo mas largo: el ladron se la dió, y el santo Religioso con esta ocasion le preguntó qué vida era la que habia hecho hasta entonces. Repondióle el ladron que quando muchacho refía muchas veces con otros, y que quando empezó á hurtar eran cosas pocas, pero despues, dixo, hice robos tan famosos, que soy cabeza de los ladrones de esta tierra. Díxole el Religioso: Pues no temeis las penas del Infierno, que estan preparadas para los que viven mal? Respondió el ladron, que él no cuidaba de su alma, porque estaba ya perdida. Replicóle el siervo de Dios: Y si yo os diese remedio para salvaros tomaríaislo? Dixo él que sí, si fuese facil. Dixo el Frayle: Ayunad un dia cada semana á nuestra Señora, y ese dia no hábeis de hacer mal á nadie, que sin duda alcanzareis la gracia de su Hijo. Parecióle bien el consejo, é hizo voto de ayunar los Sábados, y de no hacer mal á nadie ese dia, en reverencia de la Virgen, y con esto dexó ir libre al Religioso, volviéndole lo que le habia quitado por el buen consejo que le habia dado, y cumplió tan bien su voto, que si sus compañeros queriar hacer algún mal, lo defendia, y estorbaba. En este tiempo los de Trento se vieron tan acosados de los foragidos, que les fue preciso salir por la tierra en su seguimiento con mucho número de gente; y yendo en su alcance, un Sábado toparon á este ladron, y sus compañeros desarmados, y aunque él era valentísimo, no quiso defenderse, ni tomar armas, ni escusarse, ni responder á muchas preguntas que le hicieron: traxéronlo preso á la Ciudad, en la qual fue luego condenado á muerte de horca; pero quando los Jueces lo

vie-

vieron de tan buen talle, y supieron quán valiente era, mitigaron la sentencia, y le condenaron tan solamente á destierro; y como le notificasen la sentencia, dixo que en ninguna manera lo obedecería, sino que queria mas pagar en esta vida, que en la otra, por sus muchos, y muy graves delitos.

Admiráronse grandemente los Jueces de esta respuesta, y dixeron, que á lo menos no habia de morir ahorcado, sino degollado. Respondió el delinquente, muera yo ahora, y pague lo que debo, y sea como quisiéredes. Preguntáronle que si se queria confesar: respondió que sí, y que delante de todos; y haciéndolo así, con grandísimo dolor de sus pecados, dixo, que nunca habia hecho cosa buena, siño es ayunar los Sábados á nuestra Señora, y que toda su vida habia sido un perpetuo ofender á la Divina Magestad. Absolvióle sacramentalmente el Confesor, y llevándole fuera de la Ciudad, le degollaron, y sepultaron en el mismo lugar. Aquella misma noche las Guardas de la Ciudad vieron muchas luces encima del sepulcro del muerto, y cinco Señoras hermosísimas, que sacaron el cuerpo difunto de la sepultura, y lo juntaron con su cabeza, y poniéndolo en unas andas muy ricas, labradas en el Reyno del Cielo, lo cubrieron con un paño de tela nunca vista en la tierra, y tomando hachas encendidas en las manos, y asiendo de las andas las quatro, empezaron á caminar ácia la Ciudad: la quinta, que excedía á todas las demas en magestad, resplandor, y hermosura, iba detras acompañándolas, con su hacha en la mano.

Llegaron así á las puertas de la Ciudad, donde estaban las Guardas, que llenos de temor, y admiracion, deseaban saber el mysterio de vision tan milagrosa: pusieron allí las andas con el cuerpo, y aquella Señora que venía detras, les dixo de esta suerte: Decid á vuestro Obispo que entierre á mi devoto degollado muy honoríficamente en la Iglesia en tal lugar (señalando donde habia de ser), que soy Maria, Madre de Dios, y que será castigado severamente si no lo hace. En amaneciendo, al instante se fueron las Guardas al Obispo, y le contaron todo lo que habian visto, y lo que mandaba la Santísima Virgen, Madre de nuestro Señor Jesu-Christo. Admirado el Obispo de cosa tan maravillosa, vino en persona, y halló ser verdad lo que decian las Guardas, y vió la cabeza del difunto el dia antes cortada unida con el cuer-

Part. III.

Q 3

po,

po, que le causó grande espanto. Mandó que se juntase toda la Clerecia, y con grande concurso del Pueblo (que se juntó á ver tan nueva maravilla) le hizo un solemnísimo entierro: lleváronlo á la Iglesia, enterráronlo donde habia mandado la Santísima Virgen, mirándolo todos, no como á ladron infame, sino como á devoto de esta clementísima, y piadosísima Señora, y como á verdadero penitente, que con tan perfecta contricion, y tanto dolor habia llorado, y confesado sus pecados. Desde ese tiempo quedó entablada en toda aquella tierra la devocion de ayunar los Sábados en reverencia de la Reyna de los Angeles nuestra Señora.

EXHORTACION.

NO son menester muchas razones para la exhortacion de este dia, pues tan á los ojos se viene la importancia de ayunar los Sábados. Mucho consuelo tiene mi corazon quando oygo decir lo que está introducida esta devocion, no solo entre los plebeyos, sino tambien entre los de primera clase en España. Cónstame que hay muchísimos Caballeros en la Corte que tienen por ley inviolable, no solo no romper el ayuno, pero ni aun tomar las bebidas que ha introducido, ó la glotoneria, ó la ancha opinion de alguños. No quiero ponerlo en parage de que rompa el ayuno el chocolate, que para eso ya veo me saldrias con un monton de opiniones; pero pensar que lo que me dexa sin ápice de mortificacion, me ha de dexar con sobra de merecimiento; pensar que á mí se me diera nada que el Pontífice prohibiera la carne de gallina, como me diera permiso para comer un manjar, que sin ser de gallina tuviese para el gusto los mismos efectos: pues dime por tu vida, si tú mismo conoces que mas te mortificarías absténiendote los Sábados dexando el chocolate, y bebidas regaladas, que dexando de cenar, cómo quieres que la gran Reyna te premie por dexar la cena, quando cargas todo el dia de bebidas que tú mismo sabes, segun dicen los Médicos, que te quitán la salud? Ea, haz lo que allá dentro del corazon conoces te dicta la inspiracion, y en lo que no dudas darias mas gusto á la gran Reyna; y créeme, que de esa manera aumentarás la virtud de la mortificacion. Acuérdate de la mortificacion de nuestra Madre, cuyas bebidas no fueron sino de mirra, á quien la compara el docto Idiota, diciendo: *Si myrrha electa dicitur illa que sine vulnere manat ab arbore, & illam ama-*

nam carnis mortificationem designat, quam praeferit animam nullo peccati vulnere sauciata: talem myrrham distillavit Beata Virgo, quae licet peccati vulnus non haberet, semetipsam tamen multipliciter mortificare voluit. Si la mirra que se llama escogida es la que sin herida destila amargura, la que lleva el alma que de ningun pecado estuvo herida, así es Maria Santísima, que sin estar jamas herida de pecado quiso por todos caminos mortificarse.

EXERCICIO. Sea abstenernos de toda bebida, que no sea la que pide la conservacion natural que Dios manda. Y ahora diremos la oracion, que en memoria de sus dolores, y confusion nuestra decia S. Buenaventura.

ORACION.

O Prodigio grande de la Pasion de tu Hijo! Tú atormentada fuiste, y yo miserable ningun daño padecí, siendo de tu tormento la causa. Ruégote, pues, me concedas un valor grande; para que yá que padeciendo tú, yo no lo agradezco, merezca por lo menos, meditando tus tormentos, disponerme para llorarlos, y con la mortificacion subir á la gloria eterna. Amen.

DIA VEINTE Y OCHO DE AGOSTO.

EL año 1571 favoreció nuestra Señora de Mont-Serrate, con admiracion de muchos, á un mozo, que despues en accion de gracias se entró en la insigne Religion de la Compañia. Fue el caso, que Juan Perez Español, con un hijo suyo, que llevaba en su compañia, llegaron á la posada de una jornada que hacian. Acostóse el padre, y el hijo cerró la puerta del aposento, donde quedaba durmiendo para mayor seguridad, y él salió á cuidar de las acémilas, y quando menos se lo pensaba, hallóse rodeado de siete enemigos que deseaban beberle la sangre: embistiéronle todos á un tiempo, disparándole cada uno la escopeta. Al ruido despertó el padre, y temiendo lo que era, tomó las armas para socorrer á su hijo, y halló cerrada la puerta del aposento, sin poder salir. Aquí fue su sentimiento; y viendo que no podia ayudar á su hijo, invocó afectuosísimo á nuestra Señora de Mont-Serrate. Tenia yá el hijo mas de sesenta heridas, y todas mortales, así de las escopetas, como de estocadas, segun pensaban los enemigos;

pero ayudándole la Santísima Virgen, ninguna de ellas encarnó, sino que rompian los vestidos, dexando en ellos los agujeros de las balas, y estocadas, quedando él libre por favor de la gran Reyna. Los enemigos, dándole por muerto, huyeron; pero haciendo investigacion de las heridas, muchas que le descubrian en el vestido, ninguna hallaron que penetraba. Viéndose libre, y sano de un aprieto tan grande, habiendo dado gracias á la Santísima Virgen, renunció el siglo, y para mejor servicio á su Divina Protectora, se entró en la Compañia de Jesus.

E X E M P L O.

Ninguno se admire de ver padecer á los Santos, y que los malos los persigan, y atormenten, porque estos son los martillos con que el Señor les labra la corona de que han de gozar en el Cielo. Por los años del Señor de 1290 hubo en Flandes una doncella en quien competian la honestidad, y la hermosura, por extremo honesta, y santa, y muy agraciada, y hermosa; pero como la hermosura del cuerpo suele poner en peligro la del alma, fuele ocasion de tantos trabajos, y dolores, que por ellos le dieron el nombre de Maria la Dolorosa; pero de estos peligros la sacó con victoria su virtud, y constancia. Era devotísima de la Santísima Virgen, y por imitarla hizo voto de virginidad perpetua, y lo que es mas raro en personas regladas, de voluntaria pobreza, dando toda su hacienda á los pobres, haciéndose pobre por imitar á Christo. Pasaba su vida en oracion, silencio, y devocion, y obras de misericordia. Pero como era de tan extremada belleza, cautivóse de ella un hombre poderoso, el qual rendido á sus deseos, no dexó piedra por mover para hacer caer á la santa doncella, hallando siempre su pecho mas firme que la roca, y su corazon mas constante que el diamante. Viéndose, pues, vencido de esta lid, y desesperado de alcanzar por blandura lo que pretendia, tomó medios de rigores, y amenazas; y últimamente lleno de furor, y saña, la levantó un falso testimonio, acusándola delante del Juez de que le habia hurtado un vaso de plata de mucho valor; y de tal suerte trazó esta calumnia, que la pobre con falsos testigos acusada, y substanciada la causa, el Juez la condenó á muerte, la qual aceptó la honesta doncella de buena voluntad, por verse libre de su persecucion, escogiendo perder antes la vida

da que su pureza. Para que la muerte fuese mas acerba, mandó el Juez enterrarla viva. Todo se executó á instancia de aquel lascivo falsario, que como rico, y poderoso en el mundo, alcanzó con el dinero quanto quiso. Viéndose así condenada la inocente virgen, oró á Dios afectuosamente, no que la librase de aquel martyrio, que por su amor con grande gusto padecia, sino que la amparase con su gracia, para no descaecer en su servicio; y á la Reyna del Cielo, por cuyo amor habia hecho holocausto de sí misma, consagrándole su pureza desde sus tiernos años, suplicó en la hora de su tránsito que recibiese su alma, y que como la habia amparado, amparase á todos los que le diesen favor en aquel lugar. Con estas palabras en la boca fué arrojada en una hoya llena de tierra, y piedras, dando fin á esta miserable vida, y principio á la bienaventuranza. No descubrió Dios en vida la verdad, por no privarla de la corona del martyrio; pero descubrióla en la muerte, quando ya vivia en el Cielo, haciendo por ella muchos, y grandes milagros, y cumpliendo su oracion la Reyna del Cielo, cuyo favor sintieron desde aquel dia todos los que visitaron aquel lugar, y le pidieron merced, honrando la Santísima Virgen á su gran devota, y premiando la heroyca fortaleza con que defendió su virginidad. Entre los que experimentaron su intercesion, fue uno su mismo perseguidor, del qual se apoderó un demonio, acompañando al que ya tenia poseído su lascivo corazon: atormentóle gravemente haciéndole confesar su culpa, para gloria, y honra de esta Santa Martyr de la virginidad, á cuyo sepulcro le traxeron despues de siete años de tormento, y Dios le libró de aquel espíritu por la intercesion de la Santa, y de la Purísima Virgen Maria nuestra Señora.

E X H O R T A C I O N.

ASI como los juicios del Hijo son, como decia S. Pablo, incomprehensibles; así lo son en cierto modo los de su Madre Maria providentísima. Quien viera padecer una inocencia como la del exemplo, entenderia no cuidaba de ella nuestra gran Reyna, y que ya olvidaba á su sierva; pero como lo que el mundo tiene por desgracia, suele ser lo que el Cielo califica por dicha, permitió la providencia de esta Señora padeciera tanto en esta vida, para llevarla á enriquecerla de los dones verdaderamente apreci-

ciables en la otra. Quien ve á los que se embarcan en esa Playa, si no supiera que hay mas allá Islas dilatadas, y Ciudades populosas adonde se camina; diría no podia tener juicio el que en una tabla fiaba su vida, y condenaría sin duda la invención de las naves, pues en ellas fiaba un racional el mas precioso tesoro de la vida. Es un mar grande, y tempestuoso este mundo: hemos de pasar sin remedio á otro Puerto, á la Isla dilatada de la eternidad; la nave que nos conduce es la devoción de la gran Reyna; esta es la que así como nos traxo qual Divina Navecilla, que decia Alberto Magno el mas precioso tesoro: *Navicula, in qua transfrætavit Filius Dei de littore immortalitatis*; así nos lleva á la seguridad de la inmortalidad, y de la gloria por medio de tanta borrasca, y tanta contingencia: *Navicula nobis à Deo provisa in mari tempestuoso hujus mundi*, que decia Bernardino. Aunque parezca, pues, á los mundanos, y á aquellos que no discurren, ni piensan en aquellas Islas, y Ciudades de lo eterno, que fiar nuestras vidas de esta Nave, poniendo en ella toda nuestra felicidad, y esperanza, es arriesgarla, y no lograr el buen tiempo que ofrece la poca edad, y robustez, dexémoslos decir; que todo lo que no es caminar por medio de esta Divina Nave al consuelo de la oracion, y contemplacion, á las delicias de la union con Dios, que son á las que se siguen las de una eternidad, es engaño, vanidad, y llorarlo despues quando el mismo arrepentimiento no será de provecho. Es Maria la Navecilla mas proporcionada, y util para pasar los peligrosos encuentros de las ocupaciones mundanas, y para lograr los provechos deliciosos de la divina contemplacion, y mediante ellos triunfar de las embestidas tristes de las diabólicas tentaciones. En estos mismos términos lo decia el mismo Bernardino: *Navicula est etiam ad transfrætandum occursos periculosos mundialis occupationis, ad deferendum proventus deliciosos divinalis contemplationis, ad devellendum incursus angustiosos demonialis tentationis*. Y así, fiemos de ella, y de su santa devoción, engolfándonos muy resueltos á no pasar dia sin algun exercicio de su agrado.

EXERCICIO. Sea el de mañana ir á una Iglesia, y delante de su Imagen decirle quinze salves, pidiéndola, que pues es aquella Nave que nos traxo todas las riquezas cifradas en el verdadero Dios, nos lleve tambien despues de nuestros dias á gozar de aquella inmensa tranquilidad de la gloria. Y ahora diremos la oracion

en

en que el Santo de hoy (mi Patron, desde que tuve uso de razon, el glorioso S. Agustin) decia, dándole ese mismo epitecto:

ORACION.

O Navio cargado de la riqueza Celestial, y Concha Soberana, que en tu gremio preveniste en matizados rubies las divisas de carne, y sangre para dulce tálamo del Autor del Orbe! O felices ósculos los que dexaste estampados en el rostro, que siempre es consuelo al que le mira! al que te suplico, Señora, me unas, y por tu patrocinio jamas permitas me separe. Amen.

DIA VEINTE Y NUEVE DE AGOSTO.

UNA Señora de Almodovar del Campo, Villa del Arzobispado de Toledo, deseó mucho tener un hijo, como con efecto se le concedió la gran Reyna. Idolatraba en él, como suelen muchas, y al cabo de quatro años, que fue el de 1588, descuidándose de su hijo, dexóle con otros niños de su edad. Jugaban estos junto á un pozo de noria que tenia mas de tres brazas de agua: cayó en él, y estuvo debaxo del agua una hora, que como solo los niños se hallaron al fracaso, hasta que ellos lo dixeron nadie pudo venir á socorrerle. El que primero lo supo fue Francisco Celada; y juzgando de la razon que le daban, y ver sosegada, y quieta el agua, que estaria el niño ya muerto, sumergido en lo hondo, echó un peso de hierro para asirle con los garfios, y sacarle. Al arrojarle dixo: *En nombre de nuestra Señora del Prado de Ciudad Real*. Apenas habia entrado el peso, quando moviendo los garfios al niño por la faja de lana, le sacó arriba, pero ya muerto. Su madre, quando lo supo, se deshacia en lágrimas, y lamentos: Ay triste de mí! decia, para esto deseé tanto tener un hijo? Y sin que nadie pudiera consolarla, se fue desalada á abrazarse con el ya difunto niño. Llegó allá, y al verle pronunció estas palabras: *Virgen Santissima del Prado, no os pedí, Señora, el niño para que así le vieran mis ojos: resucitádmelo, pues sois poderosa*. No hizo el sordo la Madre de piedad, pues al punto se levantó vivo el que yacia cadaver; y pasmados todos los vecinos dieron gracias á nuestra Señora del Prado, y la madre no cesó en toda su vida de dar gracias á quien así la habia consolado.

EXEM-

E X E M P L O.

EN Sicilia el año mil seiscientos y treinta y quatro habia una Señora llamada Angela de Monteleon, la qual vivia muy descontenta con el marido que Dios le habia dado, porque en veinte y dos años de matrimonio, no tenia ningun hijo. Llevábalo muy mal el marido, y un dia, no pudiendo sufrir la impertinencia de la muger por los grandes baldones que le decia, la dixo: Plegue á Dios, que tanta rabia, y veneno como contra mí tienes desde que somos casados, te se convierta en dolores, que te atormenten otros tantos años. La muger tenia muchas mas fuerzas que el marido, el qual era muy afeminado, y así que oyó esta maldicion, se fue á la cocina, y tomando una cuchilla con disimulo, se entró en el aposento con ánimo de cortarle brazo, ó pié, ó aquello que pudiera, y colgárselo al cuello, y de aquel modo sacarle á empellones de casa. Al tiempo de executar su traicion, pudo su marido ver la cuchilla, sin atreverse á haberlas con la muger, y solo dixo: Purísima Virgen, por tu Concepcion que me libres de esta afliccion. Decir esto, y darle á la muger un pasmo, todo fue uno; y lo mas raro del caso no fue aun eso, sino que así que volvió del pasmo le dió tan fuerte dolor de vientre, que le parecía se le arrancaban las entrañas, el qual dolor le duró no menos que veinte y dos años, que eran los que ella le habia ultrajado. Pasados estos, movido el marido, mas de lo que padecía con haberla de sustentar en una cama, que de lo que de ella sentia, acordándose que habia nombrado la Concepcion en tiempo de su primer desconsuelo, quiso invocarla tambien en el segundo, y así le dixo á su muger: Paréceme que ya estas bien mortificada con veinte y dos años de dolores: si me das palabra de no injuriarme mas con palabras, ni decirme tantos disparates como me decias, yo le rogaré á la Virgen que por su Purísima Concepcion te libre de esos dolores. Sí, marido mio, dixo la muger; yo lo ofrezco. Júralo, replicó el marido, que si no, vosotras sois tales en dando en una locura, que dentro de dos dias estaremos en lo mismo. Jurólo, y ambos pidieron á la gran Reyna, que por la pureza en que fue concebida, se dignase librarla de aquella enfermedad. Aun no bien habian acabado de pronunciar estas palabras, quando de repente se vió libre, como si mal no hubiera tenido, quedando ella de

de allí adelante con la advertencia de no hacerle impacientar á su pobre marido. Este caso, con algunos mas que adelante referiremos, me los ha embiado un Religioso fidedigno de Palermo, el qual ha tenido curiosidad de inquirirlos, y saberlos con mas individuacion, y extension de aquella en que los trae el P. Fray Thomasio Gagliardo de Geraze, Capuchino, en el libro que de la Concepcion imprimió en Mesana, cap. 23.

E X H O R T A C I O N.

QUE lindo exemplo para las que se precian mucho de devotas de la gran Reyna, y si dan en una locura, pasarán un año, dos, tres, y veinte y dos, como la del exemplo, con el imprudente tema que toman! Si Dios por sus altos juicios quiere probarte de ese modo, qué buscas? Si tus pecados te tienen el alma esteril de virtudes, de qué admiras te castigue Dios esterilizando tambien el cuerpo? Si no hay quien pueda oírte una palabra de paciencia, y resignacion con la voluntad divina en tanto tiempo, cómo quieres que Dios condescienda en lo que tú le pides? Sujétate, ríndete, llévalo con paciencia, y no hagas desatinar á los que estan cerca, y verás como la gran Reyna se apiada de tí; y si no lo hicieres, teme no sea que tanto tiempo como mortificas á quien no debes, te mortifique á tí, y aun si no pasa adelante; porque en verdad que hubiera pasado en la del exemplo, si no fuera mediar la pureza original de la gran Reyna, por cuya invocacion se movió á librarla de aquellos vehementes dolores. Invoquemosla nosotros en los que por tan diferentes caminos padecemos, y no nos contentemos con palabras, sino con verdaderos afectos, y eficaces propósitos.

EXERCICIO. Visitarás siete Iglesias en honra de aquella que no solo fue Santa, sino Santísima, no solo Inmaculada, sino Inmaculatísima; no solo Gloriosa, sino Gloriosísima; y es cierto que no hubiera sido Inmaculatísima, si en algun tiempo, por poco que fuese, aunque no fuera mas que un instante, hubiera tenido la menor mancha: *Domina nostra* (decia S. Jayme el menor) *Sanctísima, Immaculatísima, atque Gloriosísima*. Y considerándola ahora nosotros mas pura que los Angeles, y llena siempre de una gracia infinita (y no lo fuera, si no la tuviera ya en el primer instante) digámosle la oracion en que así la saludaba S. Epifanio Obispo.

ORA-